

## EL OGRO SHAN

Se hacían llamar «Los Cuatro más Uno»: la duende mayor Drea, los duendes medianos Raf, Tor y Kar, y la pequeña Lexa.

Ser la más pequeña no significaba ser la más débil. Lexa era la más valiente de la pandilla y de toda la Aldea Duende, aunque ella nunca lo habría dicho en voz alta.

La aldea se asentaba en la ladera de una gran montaña bajo la cual corrían cuevas profundas y un río.

Una tarde de principios de verano, el calor apretaba tanto que decidieron ir a bañarse. Al llegar al río se llevaron una decepción: estaba prácticamente seco, y en lo que quedaba de él un pez solitario chapoteaba en un minúsculo charco. Caminaron entonces por la senda hasta el bosque en busca de sombra, hasta que se toparon con una gran valla y un cartel:

### LA ZONA PROHIBIDA

—Ya conocéis la leyenda —dijo Drea.

Según las viejas historias, esa parte del bosque estaba habitada por ogros. Todos dieron media vuelta... todos menos Lexa. La pequeña escaló la valla y, cuando llegó arriba, dudó un instante. Miró hacia abajo, hacia sus amigos, y sintió algo parecido al miedo. Pero lo aplastó en el pecho y gritó:

—¡Yo quiero conocer a los ogros! A lo mejor saben qué le pasa al río.

Y saltó al otro lado. Los cuatro gritaron y empezaron a llamarla. Se miraron, se encogieron de hombros, y escalaron la valla detrás de ella.

Una espesa niebla cubría el bosque. Se cogieron de las manos y llamaron a Lexa a gritos, hasta que Kar señaló un claro entre los árboles. La niebla se disipó y escucharon dos voces: la de Lexa, y otra que hizo vibrar las hojas de los árboles.

—Me llamo Shan.

El ogro era enorme, viejo y rugoso como la corteza de un roble. Tenía los ojos del color del río en invierno, grises y quietos, y cuando sonreía le temblaba toda la cara. Los cuatro se detuvieron en seco, pero Lexa estaba sentada a su lado con toda la naturalidad del mundo.

—Es el ogro más viejo del bosque —dijo, como si presentara a un vecino.

Ante la calidez de Shan, el miedo fue disolviéndose. Los duendes le preguntaron por qué estaba prohibida esa zona y por qué los ogros no podían bajar a la aldea. Shan les contó que hacía muchísimos años había firmado un pacto con Lukura, la jefa de la aldea: ni los duendes cruzarían la valla, ni los ogros visitarían la aldea ni el río.

—¿Y los demás ogros? —preguntó Tor.

—Solo quedo yo —respondió Shan. Lo dijo sin drama, con una tristeza tan vieja que ya casi no dolía—. Los demás desaparecieron cuando la fuente se secó.

Señaló una pequeña fuente alargada, tan seca como el río.

—¡Pero tienes que beber! —exclamó Lexa.

Shan le acarició el pelo con una de sus manazas y suspiró.

—El río y la fuente llevan así desde que los castores construyeron su presa —dijo.

—Entonces hay que derribar esa presa —dijo Lexa.

Shan no respondió. Los duendes se miraron entre sí.

—No va a ser fácil —dijo Raf—, pero se me ha ocurrido un plan.

Shan escuchó con los ojos entrecerrados, asintiendo despacio, como si llevara siglos

esperando que alguien se le ocurriera algo así.

Al día siguiente cruzaron de nuevo el bosque y llegaron a la presa: una enorme pared de madera que apenas dejaba escapar un hilillo de agua. Un castor se acercó con el ceño fruncido, pero Raf lo recibió con una sonrisa.

—Somos duendes de la aldea. Hace un calor terrible y quisiéramos bañarnos. Parece que tenéis agua de sobra.

El castor los miró con desconfianza y fue a consultar. Cuando regresó con una negativa, Lexa lo miró con sus ojos de duendecilla y le preguntó si al menos podían ver la presa por dentro. El castor suspiró y los condujo hacia arriba, donde un segundo castor vigilaba una gran palanca. Todos se entendieron con una sola mirada.

Entonces Lexa puso en marcha el plan de Raf: se llevó la mano a la frente y se tambaleó fingiendo un mareo. Raf se agarró al castor. Tor se tumbó directamente en el suelo. Los castores corrieron hacia ellos, aturridos y confusos, y en ese momento Drea y Kar se escabulleron hacia la palanca y tiraron con todas sus fuerzas. Una cascada de agua rugió por la compuerta.

Los castores protestaron y corrieron a cerrarla, pero una voz firme los detuvo.

—Alto. Hemos llegado demasiado lejos.

Había un castor entre los árboles que los observaba desde hacía rato, inmóvil, con unos ojos demasiado inteligentes para ser un animal cualquiera. Mientras caminaba hacia ellos, su silueta fue cambiando, ablandándose, hasta que ante ellos apareció una duende anciana y pequeña.

Era Lukura.

—Abrid todas las compuertas —ordenó. Los castores obedecieron sin rechistar.

El gran río volvió a latir. Lexa abrazó a Lukura sin pensarlo.

—Quería guardar agua para la aldea —explicó la jefa, señalando unas tuberías hechas con troncos—. Pero rompí el pacto antes que vosotros. Gracias por obligarme a verlo.

Se le escapó una lágrima.

—Solo espero que no sea demasiado tarde.

Los Cuatro más Uno, de vuelta al bosque, escalaron la valla a toda velocidad. Shan estaba tumbado junto a la fuente seca, inmóvil. Lexa le sacudió la cara; el ogro no respondía. Drea vertió el agua de su cantimplora sobre su rostro y, por fin, Shan abrió los ojos. Se bebió el agua de un solo trago.

—Qué alegría veros —susurró, con la voz convertida en un hilo. Pero sonreía.

—¡El río corre de nuevo! —gritó Lexa.

Shan miró la fuente. Seguía seca.

—Ya os dije que era demasiado tarde —murmuró.

—¡No puedes rendirte! —gritaron todos.

Tor fue el primero en lanzarse hacia la fuente: escarbó, retiró piedras, clavó un palo en la tierra. Los demás se unieron. Pero el agua no llegaba.

Lexa volvió junto a Shan. El ogro tenía los ojos casi cerrados y la respiración era apenas un susurro. Ella pegó su carita a la de él, a esa piel rugosa que olía a tierra húmeda y a años, y rompió a llorar.

—No puedes desaparecer.

Una lágrima cayó sobre la mejilla del ogro. Fue suficiente. Shan abrió los ojos del color

del río, se incorporó a duras penas, tomó una roca enorme y la golpeó contra el suelo. Una vez. Otra. El agua se resistía. Miró a Los Cuatro más Uno con su gran sonrisa, como diciéndoles que había valido la pena, y descargó el golpe más potente de su vida. El suelo tembló.

Shan cayó. La pandilla se abrazó a él en silencio.

Y en ese preciso instante un chorro de agua brotó del suelo y se disparó hacia el cielo. Los duendes bailaron bajo esa lluvia improvisada hasta que el ogro abrió sus inmensos ojos y sacó la lengua para beber.

Lo habían conseguido.

Shan se recuperó por completo y la fuente jamás volvió a secarse. Lukura ordenó a los castores mantener el sistema de tuberías para que el agua siguiese llegando a la aldea, y el pacto fue reescrito: ya no había zonas prohibidas ni fronteras entre vecinos.

Los Cuatro más Uno visitaron a Shan durante mucho tiempo. Hasta que un día, Lukura, ya muy anciana, cedió el puesto de gobernadora a Lexa. Lo primero que hizo fue cambiarle el nombre al pueblo, para que todo el que llegara supiera que allí, una vez, un ogro viejo de ojos grises había salvado su vida y la infancia de ellos sin saberlo.

En la ceremonia, con toda la aldea reunida, Lexa pronunció tres palabras definitivas:

—Gracias aL OGRO SHAN.

©Ciro Bayo